



Vida de fray Servando

CHRISTOPHER
DOMÍNGUEZ
MICHAEL

GRANO DE SAL

Vida de fray Servando

Vida de fray Servando

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

Segunda edición, corregida



ARTE & CULTURA



El Colegio Nacional



Primera edición, Ediciones ERA, 2004
Segunda edición, corregida, 2022

Diseño de portada: León Muñoz Santini y Andrea García Flores

Ilustración de portada: Pau Masiques

Fotografía de solapa: María Baranda

D. R. © 2022, El Colegio Nacional

Luis González Obregón 23, Centro Histórico,
06020, Ciudad de México

publicaciones@colnal.mx

| contacto@colnal.mx |

www.colnal.mx

D. R. © 2022, Libros Grano de Sal, SA de CV

Av. Río San Joaquín, edif. 12-B, int. 104, Lomas de Sotelo,
11200,

Miguel Hidalgo, Ciudad de México, México

contacto@granodesal.com

| www.granodesal.com



GranodeSal

 LibrosGranodeSal  grano.de.sal

Todos los derechos reservados. Se prohíben la reproducción y la transmisión total o parcial de esta obra, de cualquier manera y por cualquier medio, electrónico o mecánico — entre ellos la fotocopia, la grabación o cualquier otro sistema de almacenamiento y recuperación—, sin la autorización por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-724-445-5 (El Colegio Nacional)

ISBN 978-607-99747-7-0 (Grano de Sal)

Índice

[Agradecimientos](#)

[Agradecimientos de la segunda edición](#)

[Libro primero | *El arte de la predicación \(1763-1795\)*](#)

[El apóstol](#)

[1. De Santo Tomás al licenciado Borunda](#)

[Quetzalcóatl y Tomás](#)

[Piedras y claves: egiptología](#)

[Borunda, jeroglífico americano](#)

[2. La juventud de un predicador](#)

[La expulsión de los jesuitas](#)

[Linaje, no niñez](#)

[La Orden de Santo Domingo](#)

[Pontificio, universitario, elocuente y sedicioso](#)

[3. 12 de diciembre de 1794](#)

[Hechos de Servando](#)

[Fray Gerundio, Valeriano y la virgen](#)

[Libro segundo | *Vida de pícaro \(1796-1805\)*](#)

[4. Introducción a la Leyenda Negra](#)

[El complejo de liliputiense](#)

Códice extraviado
La cueva de los papirófagos
Ciencia milagrosa
Mier, mierda

5. En la Francia del abate Grégoire
Judíos, monstruos tiernos de Bayona
París bien vale una misa... y un plagio
Retrato perdido de un abate
El párroco de Santo Tomás
Servando y Grégoire en el concilio

6. En busca de Pío VII
El rey que jamás fue príncipe
Crónicas italianas
Recreo con los jesuitas expulsos
La vida por un breve
La comedia del arte conventual

7. Otra temporada en el purgatorio
La ciudad excrementicia
Anacarsis en el pudridero
“Mi historia le pareció una novela,
 y seguramente fingida...”
El purgatorio de los niños
Versificador de las almas en pena
De la inconveniencia de realizar ejercicios
 literarios en el convento
La gran fuga

Libro tercero | *El prodigio de la historia (1805-1816)*

8. Enigma en Lisboa
Cándido en la batalla de Trafalgar
Niño perdido en el Niño-Dios de las naciones

9. El año I de la guerra de España

La zarzuela de los tres reyes
1808 o el carisma de la nación
Servando en combate
Curas y guerrilleros

10. Viaje a las Cortes

La peste en Cádiz
Testigo en las Cortes
La comunidad secreta

11. Juan Sin Tierra en Londres

Semana santa en Sevilla
Dr. Mier and Mr. White
El atardecer de un clérigo

Libro cuarto | *La última disputa por el Nuevo Mundo (1816-1820)*

12. Historia e *Historia*

1808 o la intriga del Nuevo Mundo
1810: de la soberanía...
...al derecho divino de los reyes
Servando, el historiador
El doctor Constancio, fantasma

13. La gran aventura (1814-1817)

La huida de los Cien Días
"Irse a Mina"
La expedición a México
Soto la Marina, el fin de la aventura
El tesoro del marqués
La ordalía

14. El proceso (1817-1820)

Expiación del pecado original
Causa formada al
Dr. Servando Teresa de Mier

15. De la biblioteca a la obra, el palacio vacío
Fraile en el diván
Inventario de una biblioteca
El narrador: la ley del pícaro
Un cura correctamente vestido

Libro quinto | *Profeta en su tierra (1820-1827)*

16. El Imperio de la x
De la revolución de España y de su fracaso
La fiera de San Juan de Ulúa
Despedida en falso

17. Soplo republicano desde Nueva York
De un castillo a otro
Prueba íntima de la existencia del doctor Mier
En el país de los hoganitas
Fin de sus viajes por el mundo

18. Capricho con fraile y emperador
La no persona y su conciencia
El año del pico de oro

19. Abuelito de la patria
Un israelita en la asamblea
La comedia de la muerte

Epílogo | *Las aventuras de una momia*

Notas

Cronología

Bibliografía

A Octavio Paz

Agradecimientos

El autor agradece al Sistema Nacional de Creadores (1993-2000) del Fonca y a la Beca para Historia Cultural “Gramática de la Memoria” de la Universidad Iberoamericana y la Fundación Rockefeller (1998-1999) los fondos recibidos que permitieron realizar buena parte de esta *Vida de fray Servando*. De igual manera quisiera mencionar la hospitalidad de las siguientes bibliotecas y archivos: The Spanish Reading Room of the Library of Congress, el Archivo Segreto Vaticano, The Latin American Benson Collection of the University of Austin, la Biblioteca del Colegio Mayor del Niño Jesús (Coyoacán) y la Biblioteca Nacional de Portugal (Lisboa), así como, en Madrid, la Biblioteca Nacional, el Archivo Histórico Nacional, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y el Instituto de México en España.

Quiero mencionar con especial gratitud el apoyo de don Carlos Aguiar, obispo de Texcoco; del padre Manuel Olimón Nolasco, de la Comisión de Arte Sacro del Episcopado Mexicano; de don Sergio Pagano, padre prefecto del Archivo Segreto del Vaticano, y de los doctores Mauricio Beuchot, OP, del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, y Luis Ramos, OP, del Templo de Santo Tomás de Aquino en la Ciudad de México.

Numerosos amigos estuvieron presentes, de manera directa e indirecta, en la década que duró la preparación de este libro y sin sus variados estímulos jamás habría terminado mi trabajo. Ellos son, a riesgo de olvidar a alguno: Antonio Alatorre [†], Luz del Amo [†], Reinaldo Arenas [†], César Arístides, José Balza, Agustín Basave Benítez, Carmen Boullosa, Yael Bitrán Goren, María Jimena Cancino Villanueva, María Luisa Capella, Rafael Castanedo [†], Adolfo Castañón, Alejandro Cervantes, Alberto Dallal, José María Espinasa, Enrique Fuentes Castilla [†], Cecilia García-Huidobro, Jaime Gutiérrez Casillas, sj, Adriana Jaramillo Seligman, María Virginia Jaua, Gerardo Kleinburg, Édgar Kraus, Enrique Krauze, Sandra Kuntz, José Luis Martínez [†], Blas Matamoro, Armando Mena, Angelina Muñiz-Hubermann, Manuel Ortuño Martínez [†], José Luis Rivas, Boris Rosen Jélomer [†], Jaime E. Rodríguez O., Antonio Saborit, Raquel Serur, Javier Sicilia, Verena Teissl, Rafael Tovar de Teresa [†], Elena Urrutia [†], Francisco Valdés Ugarte, Javier Váscquez, Enrique Vila-Matas y José Javier Villarreal. Y también agradezco la exhaustiva y paciente revisión que mis editores de ERA hicieron del manuscrito: sin el oficio de Paloma Villegas, David Huerta, Marcelo Uribe y Héctor Manjarrez, este libro nunca habría llegado a manos del lector.

Asistieron mi investigación, sucesivamente, Ana García Bergua, Mónica Delgado y Patricia Sánchez Aramburu. Sin esta última me habría sido imposible avanzar en el último trecho. Las traducciones del latín, dispuestas a pie de página, se deben a Jorge A. López Ramos, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Agradezco la hospitalidad de Mayte Méndez Baiges y Héctor Subirats en Madrid, Tanya Huntington y Álvaro Enríque en Washington, así como la brindada en París por Brontis Jodorowsky, Aurelia Álvarez y Guillermo Sheridan. Roger Bartra, Carlos Castillo Peraza [†], Jean Meyer, Luis Ramos, OP, e Ilán Semo leyeron versiones preliminares de algunos capítulos de esta obra y les reitero

mi gratitud por su paciencia y entusiasmo. Quisiera recordar, también, a Mauricio Molina [†], mi cómplice en la servandosofía, y a Alma Lilia Roura, quien durante la niñez cultivó en mí el afecto por la historia. Ninguno de ellos, como es de rigor decirlo, es responsable de los numerosos defectos que el lector hallará en esta obra.

OTOÑO DE 2004

Agradecimientos de la segunda edición

A lo largo de los años transcurridos desde la primera edición de esta vida de fray Servando, recibí numerosos comentarios y reseñas, positivas y negativas, que agradezco puntualmente. Entre otras, las de Roger Bartra, David Brading, Roberto Breña, Jean Franco, Tulio Halperín Dongui [†], Miguel Martínez-Lage [†], Jean Meyer, Benjamín Palacios Hernández y Ernesto de la Torre Villar. Esta segunda edición, a su vez, la presento acompañada del recuerdo de mis primeros editores, Neus Espresate y Vicente Rojo. Agradezco a su vez la información faltante que me proporcionaron Guadalupe Jiménez Codinach, Javier Garcadiago, Rosario Inés Granados Salinas e Iván Jaksić, así como el auxilio de Astrid López Méndez para la puesta al día de este libro. Finalmente, mientras preparaba yo esta nueva edición, recibí la noticia, no menos desoladora por esperada, de la muerte de Mauricio Molina, quien en el curso de una larga amistad compartió conmigo el amor por fray Servando y sus andanzas.

VERANO DE 2021

Presumo, en consecuencia, que aquel ser no te representaba a ti, sino a tu genio.

JEAN PAUL, *La edad del pavo*

¿En qué consisten vuestros datos históricos y vuestros datos biográficos? ¿Se puede conocer a un hombre y, sobre todo, a la humanidad, ensartando esas cuentas a las que llamáis datos? El hombre es el espíritu con que trabajó; no lo que hizo sino lo que llegó a ser. Los datos son jeroglíficos grabados, cuya clave pocos poseen.

THOMAS CARLYLE, *Sartor Resartus*

Libro primero

El arte de la predicación (1763-1795)

No hay tiempo que perder, porque al cura no se le pegan las sábanas y pudiéramos encontrar el nido caliente, pero sin el pájaro.

FREDERIC HARDMANN, "El Empecinado visto por un inglés", en *Peninsular Scenes and Sketches* [1846]

El arte de la predicación es tan poco restaurable como un imperio o una catedral destruida.

HANS URS VON BALTHASAR, *Gloria. Una estética teológica. La percepción de la forma,* [1961]

El apóstol

- 24 Empero Tomás, uno de los doce, que se dice el Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino.
- 25 Dijéronle pues los otros discípulos: Al Señor hemos visto. Y él les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.
- 26 Y ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Vino Jesús, las puertas cerradas, y púsose en medio, y dijo: Paz a vosotros.
- 27 Luego dice á Tomás: Mete tu dedo aquí, y ve mis manos: y alarga acá tu mano, y métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel.
- 28 Entonces Tomás respondió y díjole: ¡Señor mío, y Dios mío!
- 29 Dícele Jesús: Porque me has visto, Tomás, creíste: bienaventurados

los que no vieron y creyeron.

JUAN, 20:24-29 [versión de
Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera]

Santo Tomás Apóstol estuvo lejos de la taumaturgia y de la traición. Su fama proviene de una calidad más mundana, la duda. No creyó en la resurrección de Lázaro y vaciló ante la de Jesús, hasta que éste lo sometió a la prueba del tacto. La incredulidad de Tomás parece poca cosa junto a las negaciones de Simón Pedro. Pero, gracias a las tradiciones apócrifas, Tomás aparece ligado al oficio de escritor, que los modernos sustentaron en el arte de dudar. Parco en el Nuevo Testamento, Santo Tomás se explaya en los Evangelios apócrifos y gnósticos. Se dan por suyos relatos de la infancia de Jesús, donde Tomás, llamado el Israelita, cuenta desde el episodio de los gorriones de barro hasta la escena con los doctores. También se le atribuye un libro sobre las enseñanzas del nazareno.

Los hiperbólicos Evangelios apócrifos, no todos ellos gnósticos, fueron el hervidero de una religiosidad en nacimiento que, con armas que provenían del helenismo y del judaísmo, popularizaron y complicaron, al mismo tiempo, vida, milagros y naturaleza de Jesucristo. Una vez establecido el cuarteto evangélico de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, las narraciones heréticas o simplemente legendarias endulzaron los oídos de quienes encontraban seco o escueto el canon. Entre la literatura apócrifa, Tomás posee un lugar prominente, no sólo porque su Evangelio es el único que se conserva completo, sino por sus excitantes poderes como apóstol que duda y testifica. En la cueva de Nag Hammadi, en 1945, fue descubierto otro Evangelio de Tomás, en copto, que tiene la particularidad de ser una obra sapiencial y no hagiográfica.¹

El sirio Taciano, que abrió escuela en el siglo II, vivió en Roma, fue alumno de San Justino y, encabezando a los

encratitas, reprobó el matrimonio y la reproducción de la especie, que duplicaba en cada ser el pecado, la obra del demonio. Espíritu sintético, escribió el llamado *Diatessaron*, resumen de los textos canónicos que, utilizado por la liturgia siríaca hasta el siglo V, sólo añade a la incredulidad de Tomás la pregunta sobre qué pensó aquellos ocho días que hubo de esperar para creer.

Más importante, entre la herejía y la protortodoxia, fue la obra de Valentín o Valentino, primer doctor de la gnosis alejandrina en el siglo II, quien predicó en Roma hacia 155. En el *Libro de la Fiel Sabiduría* o *Evangelio de Valentino*, refutado por Ireneo y Tertuliano, atribuido a Valentino o a su escuela, se dice que Jesús pasó, tras su resurrección, once años en la tierra enseñando a los apóstoles los enigmas que encontró en las esferas celestes. Jesús les cuenta la historia de *Pistis Sophia*, la Fiel Sabiduría, y cómo ésta, arrastrada por el deseo imprudente de conocer la luz entrevista en lontananza, cae en el caos material. *Pistis Sophia* se salva por haber creído en Jesús, al contrario que Tomás, antes de haberlo visto. Ernest Renan consideraba que los apóstoles jugaban un “papel casi ridículo” en el texto valentiniano, una historia tan bella como prolija, propia de la gnosis, esa adolescencia ilusa y extravagante del cristianismo.

Durante las sesiones, el Cristo, quien a los tres días de su resurrección regresó a Galilea para reunirse con algunos de sus apóstoles, interroga a los elegidos. Así, en el *Evangelio de Valentino*, Tomás es llamado a interpretar el primer misterio y a explicar la salvación de la Fiel Sabiduría. Valentín añade un nuevo detalle. Para aminorar la incredulidad de Tomás, cuenta que el apóstol fue curado por Jesús de una enfermedad, acaso de una quebradura en el brazo derecho (XXIII, 26).²

Tomás significa “abismo” y “duplicado”. La segunda acepción coincide con un término griego que pasó al Nuevo Testamento y por ello se le presenta como Tomás el Dídimo, de *dídymos*, que en griego es “gemelo”. Algunos filólogos

leen esa división en cuanto que partición, puesto que hay semejanza entre la palabra latina *Thomas* y la griega *thómos*. Son diversas acepciones que dejan ver una imagen abismal del apóstol, por haber gozado del privilegio de abismarse en la carne divina de Jesucristo. Mientras el resto de los discípulos sólo conoció la divinidad de una manera, Tomás lo vio resucitado y lo palpó. Se hundió en sus heridas. Su acto de fe fue individual y recibió, en opinión de los exegetas, por duplicado la prueba de la resurrección del Señor.

Siguiendo la expresión latina del término *totum means*, que significa “el que vio todo”, Próspero, en *De la vida contemplativa*, afirmó que Tomás deseó mirar al Señor en toda su dimensión. También cabe suponer que el sustantivo *Tomás* proceda de *theos*, “Dios”, y de *meus*, “mío”, que fue precisamente lo que el apóstol dijo al verificar la resurrección.

La leyenda dorada o áurea es una compilación de cuentos y sucesos derivados del Nuevo Testamento y de las vidas de los primeros mártires. Muchas tramas con fama de ser bíblicas en realidad provienen de este libro, uno de los más discretamente populares de la historia. Esta obra de Santiago o Jacobo de la Vorágine (c. 1230-1298), arzobispo de Génova en el siglo XIII, acaba de convertir a Tomás en un excéntrico, más cercano a las andanzas del taumaturgo que a la severa piedad del apóstol. Estando en Cesarea, el Señor se le aparece para decirle que Gondóforo, rey de la India, busca un arquitecto, y Tomás, tras suplicar no ser enviado al país de los indios, acaba por viajar porque será recompensado con la palma del martirio. El predicador ganará fama de violento e impaciente castigando a un escanciador de vino, quien, al darle un coscorrón por abstemio, es castigado por Tomás con la aparición de un león, bestia que lo devora. Finalmente, la mano del blasfemo es colocada por un perro negro a los pies del apóstol.³

San Agustín descartó esa visión, más cómica que maniquea, de Tomás. Ésas eran, dice, estratagemas de predicador para sembrar el temor de Dios entre los indios orientales, a quienes convirtió y bautizó. Con su fama de arquitecto, dibujó el mapa de un riquísimo palacio para Gondóforo y, premiado, desapareció. Pese a la posterior apostasía del rey, su hermano Gad se prosternó ante el apóstol. La leyenda no puede descartarse del todo, pues en el año 46 de nuestra era hubo, en lo que ahora es Afganistán, Beluchistán y el Punjab, un soberano de nombre Gondofernes o Gudufara.⁴

En la India, Tomás curó a los enfermos con el poder del trueno y bautizó a nueve mil personas. Frecuentemente preso, Tomás escapa milagrosamente de sus perseguidores y la providencia divina lo salva una y otra vez del escarnio y de la muerte. También le pidieron que cometiera idolatría, exigiéndole sacrificios al sol. Se hincó y pidió a un demonio que destruyera el ídolo. Así fue. Cuando los frailes y letrados del Nuevo Mundo aseguren tener pruebas de una visita de Tomás al Nuevo Mundo, apelarán a la reputación del santo como iconoclasta, cazador de almas y enemigo de los sacrificios humanos.

Al fin, un alto sacerdote de los paganos atravesó el corazón de Santo Tomás y lo mató.

En *La China ilustrada o el viaje a Oriente* (1667), de Athanasius Kircher, el libro preferido de Servando Teresa de Mier, observamos, ante un grabado de la cruz milagrosa del apóstol en Mylapore, que ésta fue grabada con su sangre en la piedra *Calurmine*, pues allí acostumbraba el santo hacer oración. Kircher recoge la interpretación de Juan de Lucena, también llamado el teólogo de Éfeso, monofisista y autor de una *Vida de los santos orientales*:

Treinta años después de la publicación de la Ley cristiana en todos los confines del universo, el Apóstol Santo Tomás murió en Meliapor el día 21 de diciembre,

después de haber propagado el conocimiento de Dios por todos estos pueblos, después de haberles hecho cambiar de religión, después de haber, por consiguiente, destruido al demonio. Dios ha nacido de la Virgen María y ha vivido treinta años bajo su obediencia, aunque es Dios sin fin. Este Dios enseñaba la Ley a doce de estos apóstoles, de los que uno ha venido a Meliapor portando un cayado en la mano. El rey de Meliapor, de Coromandel y de Pandare, como también otros príncipes de diversas naciones y de diferentes sectas abrazaron al mismo tiempo (celosos los unos de los otros, con santa emulación) la doctrina que predicaba nuestro Santo Apóstol, después de que hubieron visto un prodigio asombroso. Por fin llegó el tiempo en que un Brachmán tiñó sus manos con la sangre de Santo Tomás y por una crueldad absolutamente repugnante derramó la sangre del inocente, la cual sirvió a este apóstol como materia para formar una cruz con su propia mano, quedando perfectamente grabada en la forma en que todavía se ve.⁵

En el año 230 el emperador Alejandro Severo autorizó a los sirios el traslado de los restos del apóstol a Edesa, a la cual Tomás protegerá milagrosamente de toda invasión. Antes de esa fecha ya existían las *Actas Thomae* o *Hechos de Tomás*, apócrifo gnóstico conservado en siriano y griego, datado hacia el año 220 en la propia Edesa, sede de la cultura siriana. En esta narración se insiste en que el apóstol, cumpliendo las instrucciones del Señor, había evangelizado, *supra Gangem*, a los pueblos de la India. En otras versiones, Tomás aparece en Roma misma, a la cabecera de un moribundo emperador Tiberio tentado de creer en los poderes taumátúrgicos de la nueva religión judía de Palestina.

La investigación contemporánea afirma que la llamada “escuela apócrifa” de Tomás se difundió en Egipto, antes

que en la India, en el siglo III.⁶ Antes de esa fecha, “pese a que esta indianización de la prédica cristiana aparece temprano en la literatura patristica (la mencionan San Ambrosio, Efrén Siro, Paulino, San Jerónimo y, sorprendentemente, Gregorio de Tours)”, dice Ernesto de la Peña, “es difícil aceptar una misión tan distante, sobre todo si se toma en cuenta que el universo hindú no entraba en el esquema del mundo que se tenía en el entorno judío”.⁷

En *La descripción del mundo*, Marco Polo habla del sepulcro de Santo Tomás, que acaso visitó en 1293, y atribuyó la conservación de la fe en esas tierras al preste Juan, rey legendario que retaba al mismo Gengis Kan a discutir sobre la superioridad del cristianismo. Los franciscanos, y luego los jesuitas —con San Francisco Xavier por delante—, se sorprendieron de hallar antiguos cristianos, aislados de Occidente, en la India. Hay abundancia de menciones y huellas de esa temprana peregrinación hacia Oriente realizada en el siglo IV por los cristianos nestorianos. Estos disidentes del Concilio de Éfeso de 431 dejaron en la región india de Mylapore o Meliapor, hoy Madrás, una cruz de granito donde habría sido sacrificado algún seguidor de Tomás, quien acaso tomó el nombre del apóstol.

El llamado ciclo tomasiano, por su naturaleza apócrifa y gnóstica, fue muy popular, lo cual no es ninguna paradoja, dada la afición del vulgo por los papeles de reputación hermética. Los *Hechos de Tomás*, además, novelizaron el mensaje cristiano entre el creciente público gentil, ávido de las intrincadas novedades de la nueva religión.

Su textura nada rígida [dice Peter Brown] los hacía tan abiertos como la prueba de Rorschach a las más diversas interpretaciones. Generación tras generación de cristianos los leyeron con gusto y los reelaboraron con entusiasmo [...] Los *Hechos* nos revelan una cristiandad muy distinta de la de Tertuliano y de la de Clemente de

Aleandría. Es una cristiandad épica, una cristiandad de choque. Los apóstoles peregrinos atraviesan ciudades soberbias causando estragos en el orden pagano establecido: los altares explotan, los templos se desmoronan, las tormentas ponen un ignominioso final al estruendo perverso del circo [...] Los *Hechos apócrifos* exploraban con ahínco y atención los temas de la vocación, de la vulnerabilidad y de la supervivencia en un ambiente dramáticamente hostil. Por esta razón, la elección de la novela bizantina como modelo de tantos *Hechos* fue una genialidad.⁸

El fraile dominico novohispano Servando Teresa de Mier (1763-1827) seguramente leyó esa literatura, ya desprestigiada en su tiempo, pero que formaba parte del escaso acervo novelesco, por así llamarlo, del que disfrutaban los estudiantes y los lectores de teología en la Real y Pontificia Universidad de México. Mier, empero, no requería de apócrifos ni de relatos bizantinos. Era heredero de una de las grandes *novelas* de la historia, la predicación de Tomás en América, de la que fue el último gran apologista. Tema controvertidísimo en las discusiones criollas de los siglos *xvi* y *xvii*, fue Servando quien lo llevó hasta el límite del virreinato, pues aun en 1820 contemplaba, ya con creciente criticismo, la factibilidad, más teológico-política que historiográfica, de esa misión. Hijo del convento de Santo Domingo, Servando no podía ni quería desligar su propia vida de la fuerza mítica, poética o religiosa del mensaje evangélico.

Cuando De la Peña, por ejemplo, habla del “horizonte de Tomás”, limitándose al apóstol que presentan los cuatro Evangelios canónicos, sorprende que su descripción sea tan útil para introducirnos al doctor Mier:

La personalidad contradictoria e inquietante de este apóstol, su relativa excentricidad en el conjunto de los

discípulos de Jesús (se dan en él, en efecto, altibajos de devoción y rechazo, de proselitismo incondicional y dudas inclementes, que llegan a exigir sumergir la mano en la herida reciente como el único medio para desvanecerse) pronto dieron origen a una flora extraña, pero previsible: la literatura apócrifa tomasiana.⁹

Servando, el heterodoxo guadalupano, como lo llamó Edmundo O'Gorman, dio comienzo a su periplo criticando las apariciones de la Virgen en 1531. Creyó ver la capa histórica del Apóstol Tomás atrás de lo que tildó de leyenda. Pero así como éste descreyó de Jesús, Mier llegó a descreer de Tomás, prueba necesaria para emprender una predicación más ambiciosa, la Independencia de América. Esa misión la vivió Mier como un retorno a la imaginaria república apostólica del Anáhuac, establecida cientos de años antes de la Conquista. Y al ser el primer hispanoamericano que teorizó la crisis iniciada en 1808 como una *revolución*, la de Nueva España, el dominico fue revolucionario tanto en el viejo como en el moderno sentido de la palabra: retorno astronómico a los orígenes e invención del futuro. Al fin, preso en el Santo Oficio en 1817, Servando contó su vida en unas *Memorias*, que con fama de apócrifas son una flor tan extraña como los *Hechos de Tomás*.

Estamos, sin duda, ante formas de emulación que, propias de la experiencia religiosa, son difíciles de comprender para quienes, como yo, vivimos como agnósticos en un mundo secularizado. Empero, desde que comencé este libro hace más de una década, me convencí de que para ofrecer, al menos, un perfil de Mier, se requería asomarse, no a la historia patria, sino a la del catolicismo romano, de la Iglesia hispanoamericana y de las órdenes religiosas. Leí, como muchos de mis contemporáneos, antes a Borges que a los evangelistas; acaso ello me disculpe de

creer en la teología como una rama de la literatura fantástica.

Mier, admirador de Simón Mago, leyó a Ireneo de Lyon y a Hipólito de Roma, los heresiarcas que expusieron a Valentino, detectando la oscura línea donde el santo, interrogado por Jesucristo, acaso gemelo de un hermano suyo, habla de su brazo roto. O acaso esa herida era tan sólo el cayado, báculo pastoral de los obispos, que Tomás llevaba en la mano, la misma con la que escribió y grabó con sangre la cruz del predicador, palabra y escritura.

Nunca sabré si Servando fue consciente de su emulación, fracasada como todo espejeo entre el ser y el mito, de Tomás Apóstol. El santo fue la causa de su desgracia y de su gloria, como corresponde, supongo, a quien se pone bajo la advocación de esas potestades en las complejas condiciones del cristiano y su fe. Pero sin Tomás Apóstol no puede comprenderse la vida de Servando, ni lo que refleja en última instancia: el drama político y espiritual de la cristiandad que descubrió, en 1492, la otra mitad del mundo. El origen verdadero de esa cara oscura del orbe y su inédita, por sufrida, relación con el cristianismo fue la obsesión del doctor Mier. Así, el primer capítulo de la biografía de un orador sagrado como Servando está en la perplejidad de los primeros cristianos ante los versículos 20:24-29 del Evangelio de Juan, texto donde son llamados a actuar en consecuencia con la predicación allí ordenada.

Para Isidoro, el último de los padres de la Iglesia de Occidente, los viajes de Tomás “más allá del Ganges” fueron una realidad:

Tomás, discípulo de Cristo y físicamente muy parecido a él, oyendo fue incrédulo, pero viendo fue fiel; predicó el Evangelio a los partos, medos, persas, hircanos y bactrianos; recorrió el Oriente y estableció contacto con los pueblos más remotos, sumidos hasta entonces en la

gentilidad, predicando entre ellos hasta el mismo momento en que fue martirizado. Murió lanceado.¹⁰

Fray Servando Teresa de Mier creyó en la peregrinación de Santo Tomás Apóstol y, como él, fue incrédulo, viajero y prisionero. Con el brazo roto, usó la pluma como báculo, predicó por todo el orbe y aprendió a conjurar demonios.

1. De Santo Tomás al licenciado Borunda

Hasta tal punto, que no hubo rincón de la tierra, por remoto que estuviese, donde no penetrase la religión de Dios y ningún pueblo de costumbres tan bárbaras que, tras la adopción del culto de Dios, no se humanizase por la acción de la justicia. Pero, después, esta larga paz se vio truncada.

LACTANCIO, *Sobre la muerte de los perseguidores* [321 d. C.]

Los jeroglíficos son ciertamente una escritura, pero sólo la escritura que se compone de letras, palabras y determinadas partes del discurso que usamos habitualmente. Son una escritura mucho más excelente, sublime y próxima a las abstracciones, la cual mediante un encadenamiento ingenioso de símbolos o su equivalencia propone de un solo golpe a la inteligencia del sabio un razonamiento completo, elevadas nociones o algún insigne misterio escondido en el seno de la naturaleza o la divinidad.

ATHANASIVS KIRCHER, *Produmus*

coptus sive Aegyptiacus [Roma, 1636]

QUETZALCÓATL Y TOMÁS

Luego presurosos vinieron a dar cuenta a Moctecuzoma. Al saberlo, también de prisa envían mensajeros. Era como si pensara que el recién llegado era nuestro príncipe Quetzalcóatl. Así estaba en su corazón: venir solo, salir acá: vendrá para conocer su sitio de solio y trono. Como que por eso se fue recto, al tiempo que se fue.

Informantes de SAHAGÚN en el *Códice florentino* [c. 1580]

Del ídolo llamado Quetzalcóatl, dios de los cholultecas, padre de los toltecas, y de los españoles, puesto que anunció su venida.

FRAY DIEGO DURÁN, *Historia de las Indias e islas de Tierra Firme* [1570]

La naturaleza polisémica del panteón mesoamericano, rico en dioses mutantes entre Teotihuacan, Tula y Tenochtitlan, tiene en Quetzalcóatl su figura más compleja, dada su conversión en uno de los mitos proféticos más asombrosos de la historia universal. Quetzalcóatl es un demiurgo que desciende al inframundo, donde rescata el hueserío de la vieja humanidad, para preservar la semilla del Quinto Sol, era actual del mundo. El calendario y la escritura dependen de él, deidad civilizatoria, vigía de los astros y de los hombres. La diarquía sacerdotal que presidía los ritos y los sacrificios tomaba su título de Quetzalcóatl. Mientras el sacerdote llamado Quetzalcóatl Totec Tlamacazqui (Serpiente Emplumada Nuestro Señor Sacerdote) estaba al servicio de Huitzilopochtli, el Quetzalcóatl Tláloc